

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 251

No necesito nada más que la verdad.

Comentario de Sarah:

Ahora llegamos a la pregunta: **“¿Qué es el pecado?”**. (L.PII.P4) La respuesta sencilla es que el pecado es lo que dio origen a las ilusiones. Según el glosario de términos del Círculo de Expiación, el pecado es *"un ataque real que causa un daño, una violación y una lesión reales y que produce una culpa moral y espiritual real y exige el castigo y la muerte. Pecar sería violar la realidad y tener éxito. El pecado es la proclamación de que el ataque es real y está justificado"*. El pecado nos mantiene creyendo en la ilusión donde la verdad está ahora oscurecida. Por lo tanto, es el fundamento del ego y es sagrado para el ego. Es el sistema de pensamiento que da origen al mundo. El propósito de nuestros sentidos, que Jesús llama los **"mecanismos de la ilusión"**, (L.PII.P3.3.1) nos muestran un mundo externo a nuestras mentes. Cuando miramos la realidad como algo externo a la mente, nos mantenemos ciegos e ignorantes. **"Usar los sentidos es no saber."** (L.PII.P4.1.8)

Los sentidos pertenecen al ámbito del ego, y el ego quiere que creamos que lo que experimentamos a través de los sentidos es la verdad. Sin embargo, lo que nos revelan los sentidos es lo que oscurece la verdad. La verdad está en la mente, pero debido a nuestra decisión de creer la historia del ego de que pecamos e hicimos algo terriblemente malo, dejamos nuestra mente y ahora nos identificamos con el cuerpo como nosotros mismos. Los sentidos fueron creados por el ego como "prueba" de que la ilusión es verdadera, real y sólida. Cuando tomamos información sobre el mundo a través de nuestros sentidos y la procesamos con nuestro cerebro, no podemos saber nada. Todo lo que vemos fuera de nosotros, que es todo lo que percibimos en el mundo, es testigo del pecado y la culpa en la mente. Es una imagen externa de nuestra condición interna, donde la culpa en la mente se proyecta en el mundo. **"Y tú te ves obligado a adaptarte a ese mundo mientras sigas creyendo que esa imagen es algo externo a ti, y que te tiene a su merced."** (T.20.III.5.7) (ACIM OE T.20.IV.20)

Hacemos todo lo posible para adaptarnos al mundo. Es como si hiciéramos lo posible por adaptarnos a un manicomio. En mis primeros años, siempre fui la "niña buena", hasta que la rebeldía apareció más tarde. Sin embargo, siempre intenté adaptarme al mundo y seguir las normas, con algunos periodos de experimentación en el camino. Fue un alivio que me dijeran que este mundo no es mi hogar porque nunca lo sentí así. Para aliviar la culpa, tenemos objetivos específicos en el mundo sobre los que proyectamos el juicio y la culpa de nuestra condición. Se convierte en nuestra historia de víctima y de lo mal que nos han tratado. Es una defensa que nos impide mirar la culpa enterrada en la mente, pero todo es imaginado. Es un mito inventado por el ego. Nos hemos creído la historia del ego de que hemos pecado contra Dios al robarle nuestra identidad, y ahora el ego nos dice que este "pecado" exige un castigo. Mientras mantengamos la creencia de que hemos hecho algo terriblemente malo y por lo tanto somos malos, estaremos fuera de contacto con la verdad de nuestra realidad como

el impecable Hijo de Dios y anticiparemos el castigo en forma de muchos problemas que encontramos en el mundo.

Lo que vemos refleja nuestros pensamientos dementes abrigados en la mente y proyectados en el mundo. Sin embargo, el Principio de Expiación es nuestra garantía de que no hemos pecado. Seguimos en casa en Dios, soñando con el exilio. Vivimos con el temor de tener que enfrentarnos al castigo por lo que creemos que hemos hecho. Esto no es consciente, pero cuando culpamos a Dios de nuestra condición, podemos ver cómo proyectamos la responsabilidad en Dios. Todo es un sueño y no tiene realidad. Hasta que no lleguemos a este reconocimiento, seguiremos vagando por el mundo, perdidos y solos, distrayéndonos con las baratijas de este mundo y sin encontrar una felicidad duradera. El núcleo del sistema de pensamiento del ego es que estamos perdidos para Dios y estamos completamente solos. De ahí viene toda nuestra ansiedad, nuestro miedo y nuestra vaga sensación de que hemos hecho algo malo y estamos condenados. No es un buen sentimiento, pero hacemos todo lo posible para compensarlo, así como para distraernos de él.

Jesús nos asegura que no nos hemos convertido en algo malo y pecaminoso. Lo único que hemos hecho es olvidar quiénes somos. Olvidar quiénes somos no ha cambiado la verdad sobre nuestra realidad tal y como fue creada por Dios. Validar nuestra falsa realidad a través de nuestros sentidos no la hace verdadera, incluso si nuestros sentidos hacen un buen trabajo en preservar la falsedad. Nos defendemos contra la verdad insistiendo arrogantemente en que tenemos razón y que Dios se equivoca con nosotros. Mientras sigamos viendo el pecado en los demás y pidamos retribución, mantenemos que tenemos razón, y que la culpa es de las personas y los acontecimientos del mundo. Aunque nos culpemos a nosotros mismos, siempre hay quienes vemos como responsables de nuestra condición, y así seguimos tratando de comprar nuestra inocencia a costa de "otros". Esperamos que Dios esté vigilando y los castigue a ellos, en lugar de a nosotros, pero es una falsa inocencia. Nuestra verdadera inocencia ya está establecida, y ningún pecado que podamos concebir puede cambiar ese hecho.

El pecado parece haber corrompido nuestra inocencia, aunque eso nunca podría suceder. **“Tú que has jugado a haber perdido toda esperanza, a haber sido abandonado por tu Padre y a haberte quedado solo y aterrorizado en un mundo temible, enloquecido por el pecado y la culpabilidad, sé feliz ahora. Ese juego ha acabado. Ahora ha llegado un tiempo sereno en el que guardamos los juegos de la culpabilidad, y ponemos bajo llave para siempre nuestros extraños e infantiles pensamientos de pecado, apartándolos de las puras y santas mentes de las criaturas del Cielo y del Hijo de Dios.”** (L.153.13.1-3)

Estamos llamados a elegir de nuevo cada vez que tenemos la tentación de ver a otro como culpable. Cuando reconocemos que no es más que la proyección de nuestra propia culpa sobre nuestros hermanos, y vemos cómo esto mantiene la culpa y el sufrimiento, nos motivamos a llevar la culpa al Espíritu Santo para que la sane en su origen en la mente. El ego necesita objetivos específicos para sus ataques. **“Así fue como surgió lo concreto.”** (L.161.3.1) Ahora, estas situaciones específicas y nuestras relaciones especiales pueden utilizarse como una oportunidad de curación, en lugar de como un foco de culpa y ataque.

Las ilusiones desaparecen cuando empezamos a reconocerlas como lo que son. **“El cuerpo es el instrumento que la mente fabricó en su afán por engañarse a sí misma. Su propósito es luchar.”** (L.PII.P4.2.1) Así que lo que hacemos es utilizar el cuerpo para luchar por lo que creemos que queremos. Mantenemos el cuerpo en un estado de búsqueda constante de las cosas de este mundo

que creemos que nos harán felices. Hay muchas cosas por las que nos esforzamos. Puede ser una lista muy larga y puede incluir la fama, la fortuna, el estatus, la posición, el poder, el entretenimiento, las vacaciones, las carreras, el dinero, las cosas materiales, las relaciones especiales, el sexo, la comida, la forma física, y así sucesivamente. También están las cosas por las que nos preocupamos, planificamos, esperamos, nos defendemos, establecemos objetivos y decidimos los resultados que queremos. Todo este esfuerzo nos aleja de la paz. Mientras decimos que queremos la paz, el ego apoya nuestra búsqueda en el mundo, donde nunca se puede encontrar ya que sólo está dentro.

“Más el objetivo por el que lucha puede cambiar. Y entonces el cuerpo lucha por otro objetivo. Lo que ahora persigue lo determina el objetivo que la mente ha adoptado para sustituir a la meta de engañarse a sí misma que antes tenía. La verdad puede ser su objetivo, tanto como las mentiras. Y así, los sentidos buscarán lo que da fe de la verdad.” (L.PII.P4.2.3-7) Todo tiene que ver con el propósito, así que todo lo que se hizo para apoyar al ego puede ser utilizado ahora por el Espíritu Santo para liberarse de este ciclo de pecado, culpa y miedo. Podemos elegir si enviamos mensajeros para buscar el pecado y la culpa, o mensajeros para buscar testigos de la verdad. **“Pues lo que se les encomienda hacer a los mensajeros del amor, ellos lo hacen, y regresan con las buenas nuevas de haberlo consumado en ti y en tu hermano, que os encontraréis unidos ante el altar desde donde ellos fueron enviados.”** (T.19.I.14.6) (ACIM OE T.I9.II.14)

A pesar de las muchas necesidades que creemos tener, nuestra única necesidad real es la de la verdad. Es posible que estemos tan invertidos en el mundo que sigamos teniendo deseos y haciendo planes para satisfacer esos deseos. No es útil sentirse culpable por perseguir lo que todavía creemos que queremos en el mundo. Sentirse culpable es sólo otra trampa del ego para mantenernos en su esclavitud. Simplemente, fíjate en lo que buscas en el mundo y estate dispuesto a plantearte la pregunta más profunda del propósito. ¿Para qué sirve? ¿Creo realmente que cuando consiga todo lo que creo que quiero, seré verdadera y profundamente feliz? ¿Quién es ese "yo" que cree saber dónde está la felicidad? ¿Quién sigue poniendo la paz disponible en este instante en algún momento futuro? La felicidad espera nuestra disposición a aceptarla. Está aquí ahora mismo. Simplemente está siendo bloqueada por nuestras creencias, conceptos, miedos y culpas.

Una amiga me contó la historia de su hijo pequeño que abrió la nevera y dijo: "Mami, quiero algo". Después de que ella repasara con él un montón de opciones, como: "¿Quieres leche?" o "¿Qué tal un poco de queso?" o "¿Un poco de fruta tal vez?". La respuesta fue "no" a cada una de ellas hasta que la exasperada mamá dijo: "Bueno, ¿qué es lo que quieres?". Y él respondió: "No lo sé". Mamá debía averiguarlo. ¿No es así a menudo con nosotros mismos, donde existe esa vaga sensación de querer algo, pero no sabemos qué es? Este tipo de anhelo nos alerta del vacío que sólo la verdad puede llenar. Es nuestro deseo de Dios. Cada vez que buscamos comida, cigarrillos o ropa nueva, en realidad estamos buscando a Dios. Es el único deseo que tenemos y que puede ser verdaderamente satisfecho. **“No reconocía mi única necesidad.”** (L.251.1.4)

No, no lo reconocemos. Llenamos nuestras vidas con todas las cosas que creemos que nos harán felices, sólo para querer más y más hasta que nos rendimos y admitimos que no sabemos dónde encontrar la verdadera satisfacción. Este es el primer paso para preguntar a Aquel que sí sabe. Cuando dejemos de desear, veremos que ya lo tenemos todo.

Pasé mi vida laboral tratando de obtener el reconocimiento de mis jefes. Quería que me confirmaran lo buena que era en mi trabajo. Aunque recibí mucha validación por mi buen trabajo, en mi mente

nunca fue suficiente. Cuando empecé en este camino y experimenté una mayor sanación, el reconocimiento que antes anhelaba ya no era importante para mí. Sencillamente, desapareció. Sentí una nueva libertad de la esclavitud de buscar la afirmación fuera de mí. Lo interesante fue que, después de que desapareciera mi necesidad de reconocimiento, empecé a recibir todo tipo de reconocimientos. Recibí una medalla conmemorativa del Gobierno Federal. Se me concedió el estatus de Metis. Recibí un reconocimiento por implantar un día festivo provincial (el Día de la Familia) por el Primer Ministro de la Provincia, que más tarde se adoptó en todo el país, y lo más significativo es que fui la primera mujer de la Provincia de Alberta que recibió del Vicegobernador una medalla por su destacado servicio al Gobierno. Aunque ahora hablo de ello con cierto orgullo, ya no sentía la necesidad ni la buscaba. Lo que en su momento fue tan importante para mí había perdido su significado. Como dice Jesús en nuestra lección de hoy: **“Jamás necesité nada de lo que antes buscaba, y ni siquiera lo quería.”** (L.251.1.3) Dicho esto, no es que no apreciara el reconocimiento. Simplemente no tenía el mismo grado de importancia.

Al encontrar la verdad, **“todas mis necesidades quedan satisfechas, mis ansias desaparecen, mis anhelos se hacen finalmente realidad y a los sueños les llega su fin.”** (L.251.1.6) Así, conectamos con la paz y la alegría, que siempre han estado ahí. La hemos buscado en los lugares equivocados. Hemos estado negando lo que creemos que queremos. El ego se engaña y nos mantiene enfocados en lo que nunca podemos encontrar cuando buscamos fuera de nosotros mismos. Su premisa es: "Busca, pero no halles" y ¿no es esto lo que hemos estado haciendo durante gran parte de nuestras vidas?

Este Curso no trata de exigirnos que hagamos sacrificios renunciando a cosas en las que todavía hay apego. Cuando la mente está preparada, estas cosas simplemente se desvanecen. No hay sacrificio ni pérdida. Ya no perseguimos esas cosas porque vemos que no estamos renunciando a nada de valor. No se nos pide que nos sacrifiquemos, ni debemos sentirnos culpables por disfrutar de lo que consideramos como placeres en este mundo. Cuando la mente está preparada para dejar estas cosas, simplemente desaparecen. Jesús dice que debemos preguntar en todo: **“¿Qué propósito tiene esto?”**. (T.4.V.6) (ACIM OE T.4.VI.77) ¿Es para el ego o para el Espíritu Santo? Cualquier cosa que hagamos en el mundo puede ser utilizada con el propósito de despertar. Cuando vamos al cine, podemos utilizar la experiencia para observar nuestras reacciones y utilizar la experiencia para la sanación. Cuando vamos de compras, podemos usar cada encuentro con el propósito de observar la mente y experimentar encuentros santos. No se trata de lo que hacemos, sino de la mentalidad con la que lo hacemos.

Es útil recordar que todo por lo que luchamos finalmente fallará. **“Se tiene que haber aprendido mucho, tanto para darse cuenta de que el mundo no tiene nada que ofrecer como para aceptar este hecho. ¿Qué puede significar el sacrificio de lo que no es nada?”** (Manual para los Maestros.13.2.1-2) Las cosas que queremos lograr y las que creemos que nos harán sentir bien no nos darán la paz de Dios. Hoy, cuando sientas que te estás enfrascando en algo trivial, tómate un momento para aquietar tu mente y recordarte que no necesitas nada más que la verdad.

Continuaremos diariamente con la lectura de la sección **“¿Qué es el pecado?”**, (L.PII.P4) por lo que diré un poco más sobre esta pregunta en el comentario de la lección 252.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca